

# La socialización de la información mínima: un problema fundamental en la relación entre educación y desarrollo

PABLO LATAPI\*

## INTRODUCCION

Junto a otros temas del presente Congreso, esta ponencia considera la información en sus dimensiones más ricas. No la ve sólo como un contenido cuyo manejo exige hoy refinadas técnicas, sino como una realidad inextricablemente unida al desarrollo del hombre. Pues la información es, efectivamente, condición de desarrollo, potencialidad de relación, poder social, base de legitimación de valores y, en una palabra, sustrato esencial de toda cultura.

Esta ponencia versa sobre un tema muy concreto dentro del apartado más general “la educación en el desarrollo socioeconómico”. Trata de la socialización de la información mínima, como un problema fundamental en la relación entre educación y desarrollo, que se presenta principalmente en los países pobres. Pese a lo concreto del tema, será indispensable

precisar primero algunas nociones filosóficas (qué es información, qué desarrollo, qué educación) en la primera parte, antes de analizar el problema mismo y su solución en la segunda. Al final se apuntarán algunas consecuencias de lo dicho, tanto para la investigación socioeducativa, como para la política educativa.

## I. PRESUPUESTOS FILOSOFICOS

La tesis que se sostiene en la segunda parte es sencilla y concreta, pero supone asumir cierta posición filosófica o, más exactamente, axiológica, es decir, cierta concepción de lo que es la información, el desarrollo y la educación. Tenemos, pues, que avanzarla, aunque sea brevemente.

### 1. Información

No es posible hablar de la información en general, ahistóricamente, asocialmente. Es un existencial cultural. En cada cultura y en cada coyuntura de la historia humana, la información —lo que los hombres requerimos saber— adquiere un significado distinto, de conformidad con el signo de

\* Director de Prospectiva Universitaria, A.C., y profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Nota: Ponencia presentada en el Trigésimo Octavo Congreso Mundial de la Federación Internacional de Documentación.

esa cultura. La información —y la concepción misma de lo que ella es— lleva la impronta de una visión del hombre y del mundo.

Para el *homo viator* de la Edad Media, por ejemplo, la información era un medio de salvación trasmundana; la tensión escatológica que daba sentido trascendente y valor absoluto al hacer terrestre imprimía también un significado de medio de salvación a cuanto el hombre necesitaba saber.

Para el ideal humanista del Renacimiento, centrado en la expansión de las facultades y en el refinamiento de los modales, la información adquiría a su vez una finalidad coherente con el sentido de inmanencia y de plenitud autocumpliente, propio de un mundo que empezaba a tomar conciencia de que podía hacerse “civilizado”.

La Revolución Industrial que acentuó los rasgos atávicos del *homo faber* —el fabricante de objetos, el inventor de herramientas, el hombre en lucha por imprimir una forma a la materia a la vez que por no dejarse dominar por la materia, el objeto o la máquina que él mismo crea— dio también a la información una especial connotación instrumental. Información fue: trabajo, descubrimiento, innovación tecnológica, estímulo creador.

Y si la Revolución francesa inauguraba una cultura que pondría de relieve nuestras raíces de *zoón politikón* —de entes políticos— también la información que requieren los hombres (ahora “ciudadanos”) a partir de entonces ha adquirido insoslayables dimensiones sociopolíticas.

Todas estas culturas que podemos tipificar en épocas del pasado, viven hoy en nosotros, sobrepuestas, encontradas, conflictivas. Nuestro presente es un momento grávido de filosofías sobre el hombre y arriesgados intentos de autodefinición, que en parte han sido superados, en parte están siempre renaciendo. Por eso hoy no es fácil decir qué somos como cultura, y una “teoría de la época actual” (Freyer) recoge necesariamente elementos contradictorios.

¿Somos el *homo oeconomicus* que nos define como unidades de producción y consumo, o somos la angustia y la náusea de la desesperación existencialista? ¿Es nuestra cultura la exaltación del racionalismo científico o el triunfo refinado de la “administración de hombres” bajo formas de Estado cada vez más totalitarias? ¿Lo que nos define es ser por primera vez un planeta intercomunicado, con la posibilidad de alcanzar conciencia de un destino común o, al revés, la bancarrota de todas las utopías y la bagatelización definitiva de la historia?

Definir hoy qué es la información como existencial cultural sería una tarea difícil, que afortunadamente no nos corresponde. Si bien insuficiente, es confortante saber que en toda redefinición aparecerá algo del tipo humano original: aquél precisamente que nos hizo requeridores de información: el *homo sapiens*, el hombre que se yergue para enfrentarse a la naturaleza, que inquiere, que crea respuestas y las convierte en nuevas preguntas. Somos el hombre que crea significados y, siempre insatisfecho, los destruye, y en esta dialéctica descubre su relativa libertad, y en ella se aprehende como un misterio creciente.

En todo caso, la información que considera el tema de esta ponencia estará en correspondencia con una situación concreta y actual: estará tipificada por la necesidad de sobrevivir que tienen los habitantes pobres de los países pobres de hoy. Y esta conclusión provisoria es por ahora suficiente.

## 2. Desarrollo

Definir el desarrollo como “el tránsito de cada hombre y de todos los hombres, de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas” es una aceptable definición formal. Pero queda la tarea de dar contenido a esa deseada humanización. Es cierto que hay direcciones innegables de humanización, como las cuatro siguientes que señalo: el enriquecimiento de la propia conciencia de lo que se es y se puede ser; el establecimiento de relaciones de interdependencia; el aumento de responsabilidad solidaria; la afirmación de la propia autonomía, de manera que dependamos más de nosotros mismos y menos de los demás (en relación unilateral de sometimiento).

Pero si hoy quisiésemos definir el desarrollo en el plano operativo y funcional tendríamos que establecer una teoría de las necesidades humanas, a la luz de valores precisos. La tesis de esta ponencia supone captar el desarrollo a ese nivel operativo y, en concreto, registrar que en los países pobres —llamados periféricos o dependientes— están teniendo lugar procesos férreos de marginación de las grandes masas. El progreso de estos países, por su propia situación dependiente, no es homogéneo, sino que consiste en una incorporación al sector de dominación interna y a través de él al externo, de pequeñas porciones de las clases intermedias, causando a la vez una pauperización creciente de los no incorporados, que son los más.

En esta interpretación, la noción de desarrollo en un país pobre necesariamente se invierte. La evidencia obliga a no definirlo más como una creciente modernización, imitativa de los países centrales, que irá incorporando a toda la población, sino como la necesidad de garantizar a las grandes masas del país pobre, mínimos vitales de subsistencia. No importarán ya tanto las metas de crecimiento global, dada la necesaria disparidad en la distribución. No interesarán los logros “hacia arriba”, sino los logros “hacia abajo”: asegurar a las grandes masas el acceso a umbrales mínimos de suficiencia humana en salud, alimentación, protección jurídica, vivienda, posibilidad de organización política, etc., como lo exige una vida elemental y decorosamente humana. Meta prioritaria de una política de desarrollo sería, en este contexto, reducir los límites de la miseria y convertirla en simple pobreza.

Veremos cómo este concepto de desarrollo redefine en forma radicalmente distinta la información que requiere hoy el hombre marginado, como existencial cultural.

## 3. Educación

También importa precisar el concepto de educación. En un sentido más general “educación” coincide con la definición de “desarrollo humano”: tanto el desarrollo como la educación connotan un proceso de maduración humana, personal

y comunitaria. Pero en un sentido más concreto, entenderemos aquí por educación la tarea política encaminada a hacer posible esa maduración humana.

Para nuestro propósito importa poner de relieve que el concepto de educación es esencialmente histórico y circunstanciado. Como decíamos que a cada cultura corresponde un concepto específico de información, así a cada situación corresponde un concepto de educación.

En la situación de países dependientes en los que las grandes masas están condenadas a la resaca de la marginación social, las preocupaciones fundamentales de la política educativa deben ser, más que andar imitando las últimas modas modernizadoras de la educación en los países desarrollados, las de conocer las características específicas de la maduración humana que es posible alcanzar a las grandes mayorías, en sus contextos concretos de pobreza, desnutrición, desempleo y explotación.

La información será una parte de esta educación; desempeñará una función dentro del proceso global de maduración personal y comunitaria. Ambas —información y educación— tendrán que ser específicas, adaptadas a la condición marginal de las mayorías y, por tanto, inventadas por nosotros para nuestra situación tercermundista.

## II. LA INFORMACION MINIMA Y SU SOCIALIZACION

A la luz de las nociones anteriores, conviene ahora examinar cómo se ha planteado y afrontado en la política educativa de los países pobres el problema de la información mínima de las poblaciones marginadas, y sugerir simultáneamente un nuevo planteamiento.

La respuesta convencional de los sistemas educativos (entendidos como el conjunto de acciones de la política educativa) se ha orientado a dos cosas: a alfabetizar y a aumentar gradualmente la escolaridad elemental y básica de toda la población.

### 1. Alfabetización

La alfabetización —leer, escribir y contar— es una pobre respuesta, a la luz de la información que requieren como existencial cultural las masas marginadas. El pobre gana poco con “leer y escribir”. Quien vive en el campo empobrecido o en la barriada menesterosa requiere hoy otras cosas para sobrevivir. Requiere cierta explicación de su situación vital para comprenderla y asimilarla. Requiere saber cómo funciona la sociedad, qué derechos tiene y cómo puede hacerlos valer; qué deberes tiene y por qué; qué significa que haya clases sociales y cuál es su ubicación en ellas; cómo están organizados los servicios públicos, cómo debe relacionarse con otros, cómo procurar el apoyo de sus iguales; requiere saber quién controla la televisión y cómo son inconsistentes los ideales de riqueza, prestigio y felicidad que ésta le propone.

Son sólo ejemplos, pues una definición de alfabetización tercermundista tendría que incluir, entre otras cosas, algo de geografía, de instrucción sexual, de manejo de problemas

afectivos y familiares, de historia, de dietética y de derecho agrario.<sup>1</sup>

Es verdad que en los últimos tres decenios ha habido una evolución en el concepto de alfabetización (alfabetización funcional, educación fundamental, educación de base, educación de adultos, desarrollo de la comunidad, etc.); pero debemos reconocer que los países pobres no hemos llegado a redefinir en nuestros términos las necesidades de información para la socialización mínima. Seguimos midiendo el “saber leer y escribir” como el gran indicador de información mínima; no hemos desarrollado otros indicadores que broten de la realidad específica y que tendrían que ver, por ejemplo, con: el conocimiento de los derechos elementales, el saber utilizar los servicios públicos, el aprender a usar las fuentes de información, el poderse expresar o el lograr una capacidad mínima de organización social y política.

Sin una dotación de conocimientos y habilidades de este tipo, se es hoy analfabeto social, destinado a la explotación del más fuerte. ¿No es hoy más importante tener la posibilidad de superar la violencia que descifrar la letra impresa?

### 2. Escolarización

Tampoco la ampliación de la escolaridad en su actual forma constituye una respuesta adecuada. La cultura escolar no está orientada a proporcionar una información relevante para la vida real, sino a dar certificaciones escolares y, en el fondo, a distribuir legitimación social. La escuela no trata de revalorar la cultura popular (considera “irrelevante” por ejemplo, todo lo que sabe el campesino, que es mucho y muy importante para su desarrollo), sino de extender el conocimiento legitimado, que es también legitimante del dominio social.

Aparato ideológico del Estado consideran los marxistas al sistema educativo (Althusser, Gramsci, Vasconi) viendo en él un arbitrio por el que el Estado refuerza su dominio por vía ideológica, como lo refuerza coercitivamente a través de sus aparatos represivos. Sin suscribir plenamente esta concepción y sus implicaciones teóricas, es evidente que hay innegables correspondencias entre las funciones ideológicas de la educación y la legitimación de la diferenciación social y de la distribución del poder.

Redefinir la información mínima para el desarrollo implicaría hacer converger la “cultura escolar” con la cultura popular, no para que la escuela reproduzca esta cultura popular, sino para que contribuya a enriquecerla y superarla. Un desarrollo humano tiene que ver con creencias que den

1. En un folleto de una institución voluntaria que trabaja en las barriadas de la ciudad de México se ofrece a los colonos la información elemental sobre los servicios que les son indispensables. Son informes que al rico le parecerán superfluos o curiosos, pero que para el pobre son vitales. Dónde hay un servicio gratuito de inhumaciones, que incluye caja, carroza y tierra. Dónde se saca un acta de defunción. Qué significa C. U. en los camiones que van a la Universidad. Dónde dan de comer gratis si se está muy necesitado. Qué documentos piden en la bolsa de trabajo. Cómo divertirse el domingo sin gastar. Cómo se hace el contrato de la luz. Dónde hay lavaderos y regaderas. Qué hospitales y dispensarios hay en la zona y cuánto cobran. Dónde regalan arbolitos para plantar en la casa. Dónde hay clases de tejido y corte (unas son gratis y otras cuestan un peso). Es un ejemplo de la información necesaria para sobrevivir, según lo enseña la práctica.

unidad y significación a la vida, con un concepto determinado de tiempo y de espacio, con capacidades de relación, con destrezas y aptitudes para el trabajo productivo, con desarrollo de los talentos artísticos, etc. La escuela debiera ser el puente entre la cultura popular —revalorada y relegitimada— y la indispensable “cultura civilizada” a la que tienen que ser introducidas las comunidades populares.

Socializar la “cultura civilizada” no es, por tanto, un proceso unidireccional para hacer llegar este saber civilizado a las comunidades marginadas, sino un proceso dialéctico entre la cultura popular y la civilizada.

Por esto es indispensable que todos los portadores de la cultura civilizada (maestros, profesionales, agentes de desarrollo, etc.) tengan como actitud fundamental la de “hacerse dispensables”, es decir, el propósito de ir capacitando gradualmente a la comunidad para asumir, con sus propios medios, las funciones que convencionalmente se consideran exclusivas de los agentes “especializados”.

Lo que sucede ahora es exactamente lo contrario. Tomemos como ejemplo el profesional que está en contacto con los medios populares: formado según un diseño de profesión totalmente ajeno a las necesidades de estos medios y entrenado en un saber que se relaciona con el “saber científico internacional”, introduce una ruptura en la cultura popular. Trae un vocabulario extraño, ostenta una patente de conocimientos “certificados”, representa los intereses de un gremio y monopoliza funciones sociales que antes desempeñaba la comunidad. Se le ha preparado para hacer que la gente dependa de él, es decir, para que no se desarrolle.

Es cierto que el conocimiento, para progresar, tiende a especializarse y las funciones sociales a diferenciarse. Esto justifica que haya científicos y profesionales. Pero si las profesiones se orientan al servicio y aspiran a establecer relaciones de interdependencia, la especialización de los conocimientos profesionales más complejos tendría que justificarse por una gradual socialización de los más simples.

En un modelo utópico de desarrollo solidario, las profesiones serían un proceso de superación de la cultura popular y no una manera de devalorarla; impulsarían la autonomía de la comunidad y no su sometimiento. Todo profesional, en consecuencia, debiera tener como propósito fundamental llegar a ser innecesario.

Devolver sus conocimientos a la comunidad popular y ampliar su capacidad de información sin hacerla depender de los aspectos especializados de la cultura “civilizada”, es en el fondo devolverle a la comunidad su poder: el poder indispensable para desarrollarse.

### III. ALGUNAS CONSECUENCIAS

De lo anterior pueden derivarse algunas consecuencias, que apunto aquí esquemáticamente, como posibles puntos de discusión.

a) Para la investigación socioeducativa, parece que será relevante insistir en las líneas siguientes:

1) El conocimiento de la cultura popular y sus mecanismos de creación y transmisión.

2) La identificación de las necesidades mínimas de información de las comunidades marginadas, en los diversos campos de actividad: higiene y salud, trabajo, vida familiar, servicios públicos, organización social, recreación, etcétera.

3) El conocimiento de las maneras propias que tiene la comunidad popular para satisfacer sus necesidades de información y la identificación de los recursos propios de su cultura.

4) El diseño, con base en lo anterior, de unidades de información básica, definiendo también la tecnología de transmisión, acorde con el contexto concreto de la cultura popular.

5) El estudio de los procesos por los que las comunidades populares pueden ir dependiendo cada vez menos de mecanismos externos, para mantener actualizada su información.

6) El estudio de los mecanismos sociales de legitimación de la cultura, procurando identificar las maneras como el poder influye en la constitución y difusión de las culturas de dominación.

b) Para la política educativa (y no en un plano utópico sino en forma muy real) sería importante:

1) Establecer indicadores que midan el desarrollo educativo “hacia abajo”, o sea, el grado en que se alcanza —cuantitativamente— una mejor distribución de las oportunidades de educación y ajustar la expansión del sistema educativo a estos indicadores.

2) Asimismo, en lo cualitativo, establecer claramente los mínimos de información para el desarrollo, propio de cada situación marginada, y los indicadores válidos de “alfabetización sociopolítica”, que sustituyan los actuales indicadores de alfabetización libresca.

3) Diseñar acciones experimentales tendientes a la revaloración de la cultura popular, al cambio de relación entre cultura civilizada y cultura popular, y derivar consecuencias para una “certificación” cuya fuente sea la propia comunidad y no el aparato del Estado.

4) Promover el diseño de ocupaciones y profesiones, a nivel técnico y universitario, orientadas al servicio de las comunidades marginadas, y el estudio de nuevas maneras de ejercerlas, y facilitar su experimentación a grupos de voluntarios.

5) Condicionar el acceso a las mejores oportunidades de educación técnica y universitaria, según requisitos valorales que garanticen que el profesional prestará un servicio orientado a las necesidades populares, en vez de procurar el lucro individual.

Parece que acciones de este tipo serían indispensables en una política educativa consecuente con un desarrollo orientado a la justicia y basado en los valores humanos. □